

LA VIDA DE SILENCIO

P. Dr. Cornelio Fabro

Los hombres que han causado los ruidos y el bullicio ahora hacen o pretenden hacerles la lucha; se sienten agredidos en todos lados por ellos, no sólo por la calle, sino también en la casa, en la oficina... por todas partes. El ruido es como una soga que nos aprieta siempre más o como una avalancha que nos agrede desde todos lados y nos quiere arrastrar en su derrumbarse hacia el valle del delirio, nos impide el recogimiento sobre nuestros problemas y la recuperación de las fuerzas en el orden de los pensamientos y de los afectos. El ruido es la enfermedad de la civilización de la técnica, el duro precio que el orgullo del hombre tecnologizado debe pagar al mito del progreso. Así se dice a menudo, y esto es verdadero hasta un cierto punto. La misma técnica que ha creado los motores y artefactos que causan los ruidos, es capaz de producir y ha producido también otros tantos dispositivos para atenuarlos. Por esto, los ruidos que nos destrozan la cabeza, son producto de la cabeza loca del hombre: desencadenados por el frenesí de cerebros descompuestos que se arrojan sobre los otros armados con las máquinas enfurecidas de ruido. La fenomenología del ruido, si se quiere profundizar este fenómeno de la edad moderna, que puede llegar a los abismos de la insensatez homicida y suicida, pertenece a la búsqueda de las dimensiones últimas de la persona: pero la invasión del ruido es también el indicio -y es ésta una constatación no menos desconcertante- de una sociedad vacía e indiferente, que no sabe y no quiere defenderse; es la constatación de una parte del individuo indefenso frente a los demás, los cuales, por otra parte, transitan demasiado a menudo imperturbables en sus exhibiciones fragorosas. La filosofía del ruido puede ser por esto rápidamente focalizada: los ruidos están y nos arruinan no sólo porque algunos desatinados ponen en el ruido la expresión de su propia alienación espiritual, sino también y sobre todo porque otros hombres que tienen el deber cívico de impedirlo, y reciben un copioso estipendio por tal deber, no lo hacen. Por esto es tan desconcertante este mundo loco, o porque se ha perdido el coraje o la dignidad en el propio deber, o también, y más precisamente, por las

dos razones. La ley considera que la prepotencia y la opresión de los unos, en vez de disminuir, crece con el temor y la vileza de los otros; que es una ley general, como cada uno puede comprender, en toda la vida del espíritu y no solamente en la mal augurada pero no aún la más páfida, esfera de los ruidos. O tal vez en esta alocada permisividad entra un bajo cálculo político -iaquel de no irritar a los potenciales electores!

Así, la zona del silencio que debería constituir el núcleo urbano de las grandes ciudades, termina siendo una burla a los pobres nervios indefensos. Mas el espíritu no puede y no debe sucumbir: al vulgar desbordarse del ruido toca oponer la técnica y la práctica del silencio, o sea, del recogimiento auténtico del cual se alimenta la vida del espíritu. Pero hay silencio y silencio: hay un silencio que es el signo de la ausencia de la vida y hay un silencio que es el índice de la suprema tensión de la vida con todos los estadios intermedios del ascenso temporal del espíritu finito por la ardua escalera que lleva a la conquista de la verdad y del amor. Hay un silencio de la naturaleza sobre la cima de los montes y en el fondo de los valles, en la infinita extensión de los mares y en el error imprevisto e imprevisto de las nubes¹: un silencio que casi repite la espera de lo creado en el instante después de la creación, un silencio de intensa presencia del espíritu en actitud de escucha. Silencio de contemplación². Este silencio de la creación puede ser roto por los estruendos de los rayos y de los truenos, por la lluvia que cae a cántaros, por el fragor de las olas, por la furia del viento. Pero éstos no son ruidos, sino el alzarse de la naturaleza en nuevas formas de equilibrio: por esto tales fenómenos naturales si algunas veces con su violencia pueden sembrar ruina y causar estragos, también pueden ser ocasión de un profun-

¹ (N. del Trad.) «En la naturaleza todo es obediencia absoluta. El silbido del viento, el eco del bosque, el murmullo del riachuelo, el zumbido del verano, el susurro de las hojas, el triscar de la hierba, cada sonido, cualquier sonido que percibas, todo es sumisión, obediencia absoluta, y así puedes oír a Dios en todo, de la misma manera que puedes oírlo en la música que forma el movimiento obediencial de los cuerpos siderales.» S. KIERKEGAARD, *Las aves del cielo y los lirios del campo*, Guadarrama, Madrid, 250.

² (N. del Trad.) «Allá afuera, junto al lirio y al pájaro, reina el silencio. ¿Qué es lo que expresa este silencio? Expresa el respeto de Dios, que es El quien dictamina, que solo a El competen la sabiduría y la inteligencia. Y cabalmente porque este silencio es respeto de Dios y, en cuanto puede serlo en la naturaleza, adoración, por eso es un silencio tan solemne. Y porque este silencio es tan solemne, por eso cabalmente se capta a Dios en la naturaleza. ¿Cómo iba a ser de otra manera, si todo está callado por respeto hacia El?» S. KIERKEGAARD, *Las aves del cielo y...*, 238.

do estupor en el sentido clásico del término *thaumazein*³ (*metaph.* I, 2, 982 b 11) o sea, de empujar el alma a advertir más de cerca al Invisible, al Inmenso, al Omnipotente. No en vano los grandes espíritus, sedientos de soledad elegían los lugares inaccesibles y solitarios donde los fenómenos naturales suceden y se observan con la extrema pureza de su origen primordial: el que no ha conocido, al menos una vez en su vida esta soledad, se ha privado de aquélla que es tal vez la impresión más indeleble de la originalidad del espíritu devenido espectador del «completamente otro», del *fascinosum* y del *tremendum*...

En esta esfera los ruidos no solamente no son dañosos o puramente inocuos, sino que concilian y pueden intensificar el silencio y el recogimiento del espíritu⁴: pueden hacer este prodigio de dialéctica existencial, aparentemente contradictorio, no sólo concentrando la reflexión sobre el Absoluto, sino también por un efecto relajante y reposante que el espectáculo del fenómeno genera sobre el espíritu, sobre todo en ciertos espíritus mayormente sensibles a las fuerzas secretas de la naturaleza. Estos, precisamente cuando se enfurece la tempestad y los elementos parecen enloquecer, sienten más intensa y viva la presencia del Yo, más consciente la aspiración a la Verdad que no puede engañar y al Amor que no puede desilusionar. De aquí la abismal diferencia entre el taciturno y el silencioso: el primero huye de sí y está extraviado porque ha desesperado, el segundo en cambio está todo recogido en sí gozando el objeto de su amor, el uno arrebatado por «la tormenta infernal, que no cesa nunca», el otro fascinado por «el amor que mueve el sol y las demás estrellas» (*Inf.* 5, 30; *Par.* 33, 145).

Por lo demás, en toda su vida, y sobretodo en la vida del espíritu, el hombre debe más al silencio que a la palabra. La realidad es que esta palabra,

³ (N. del Trad.) «θαυμάζειν: asombrarse, pasmarse, admirarse, maravillarse.» A. BAILLY, *Abrégé du Dictionnaire Grec- Français*, Hachette, París, 1963.

⁴ (N. del Trad.) «Cuando todo en tu entorno está solemnemente calculado, como allá afuera, y cuando el silencio te habite interiormente, entonces captas con una fuerza infinita esta verdad: que tienes que amar al Señor tu Dios y servirle a El solamente. Y captas que eres *tú*, tú quien tienes que amar a Dios de esa manera, tú solo en el mundo entero, tú que de seguro estás a solas en ese contorno del solemne silencio, tan a solas, que ni siquiera puede haber una duda, una objeción, una disculpa, una escapatoria, una pregunta problemática; que ni siquiera, en una palabra, pueda rebotar ninguna voz extraña en tu atalaya interior, ninguna voz fuera de la divina, que en torno de ti y dentro de ti te está hablando en el silencio.» S. KIERKEGAARD, *Las aves del cielo y...*, 248,249.

hecha de sonidos exteriores no tendría sentido alguno, y no recogería consenso alguno, sino tocase las profundas zonas del espíritu, si no ahondase en el retiro donde el Yo se pone cara a cara consigo mismo en silencio, frente a la nada y frente a Dios. No en vano el silencio se asocia a las circunstancias de la nada de las cuales surgió el mundo y a las circunstancias de Dios que de la nada hizo surgir el mundo, al nacimiento del pensamiento y al brotar del amor. El desarrollo de nuestra vida, en los nueve meses que precedieron al nacimiento, ha estado signado por un supremo silencio: la admirable formación de los tejidos, de las estructuras y de las funciones que la ciencia se afana por revelar y por describir desde milenios, pero que no ha logrado ni logrará explicar, se ha desarrollado y en gran parte se desarrolla aún, por medio de silenciosas consecuciones de las cuales afloran a la superficie apenas leves destellos. Las fuerzas infinitas que se desarrollan en estos procesos, sin nosotros saberlo tienen, como cómplice benéfico al silencio: un silencio que viene a ser el padre prójimo y el testigo secreto de nuestro destino, no solamente biológico, en el juego insondable de los factores hereditarios, sino -y por consecuencia- de nuestros componentes psíquicos y de las mismas actitudes espirituales.

No es una exageración retórica o una exigencia de profesores o de intelectuales el reclamo por el silencio; ni mucho menos la nostalgia del silencio que nos apremia en esta maldita civilización ruidosa va encabezada por una protesta de cobardes o por una reacción de los que sufren del complejo de inferioridad, de los neuróticos, de los introvertidos. Estas tonterías han sido inventadas por los psicoanalistas del *stress*, los cuales tienen no poca responsabilidad en el desencadenamiento de los instintos de agresividad que quieren imponerse y tener vía libre en nuestra sociedad. El reclamo por el silencio, para el que quiera entender algo en esta confusión del alma y del corazón humanos, no es otro que el reclamo por la vuelta a los orígenes y a la fuente de la vida para poder renovar las energías esenciales del cuerpo y del espíritu.

No es difícil demostrar que el silencio es la condición y preparación del pensamiento, sea en las funciones ordinarias de comprensión y coordinación de la experiencia como en las más altas intuiciones del intelecto y en los propósitos decisivos de la santidad. La palabra exterior debe reflejar la palabra interior, aquella preparada por el juego de la fantasía, por la iluminación de los conceptos, por los secretos sobresaltos del amor: pero para

lograr esto y poder hacerlo es necesario el recogimiento, es indispensable el silencio externo e interno. El poeta, el artista, el filósofo y todo espíritu profundo tiene necesidad de aislarse y de concentrarse, de replegarse sobre su Yo, de retornar a casa, a la Casa esencial de su Yo profundo para poder cosechar allí las vibraciones y demandas más secretas y acabadas. Y si aquí se habla de un «retorno» o de un «replegarse» del yo, que deja el mundo, sobre si mismo, la expresión -por más correcta que pueda parecer- no es exacta y puede dar lugar a graves malentendidos. Sería más exacto hablar de un retorno como intensificación de la relación del yo al mundo, en cuanto que en tal retorno, el yo se trae consigo la antedicha relación, de su movimiento de salida hacia el mundo y la lleva a su interior para confrontarla con el propio ser, con la sed insaciada de la verdad y del amor que lo consume para orientarse sobre la elección del propio destino. Ésta, y no otra, es la dinámica del silencio en toda su autenticidad.

No sorprende entonces que, análogamente a la formación y al desarrollo de la vida biológica, también en la vida del espíritu gran parte de nuestro trabajo interior se lleva a cabo en el silencio: es común que los pensamientos más enérgicos y las ocurrencias más incisivas broten de improviso en los momentos menos pensados, aunque siempre después de un período más o menos largo de silencio. Tal vez aquel tiempo de silencio pareciera vaciarnos de toda cosa, puede ser que nos sintamos salir por fin de nosotros mismos, como abandonados a los confines del olvido en un sopor indefinido y desconcertante: mas el sufrimiento nunca es en vano. La flor esperada ha abierto su capullo: es como si la tensión del espíritu hubiese proseguido por su cuenta el camino hacia el abismo bajo el empuje secreto de nuestra inquietud o pasión por la verdad. Esto explica la importante tarea que compete al relax en la vida humana, y que aún no ha sido bien estudiada y sea tal vez incomprensible: en la actividad del espíritu no es raro que las ideas más originales o una solución buscada en vano desde hace tiempo, aparezcan frescas y luminosas justamente en estos momentos de pausa, de ocio, de distracciones que el yo se concede a si mismo. Parece -y la paradoja tiene una belleza espiritual- que el espíritu logra reencontrarse mejor consigo mismo cuando se distiende fuera de sí en la indiferencia hacia todo lo finito, cuando se ocupa en cosas indiferentes -en cualquier *hobby* o diversión, durante un concierto, un paseo, o un viaje en tren, auto o avión...- a condición de que proceda del silencio y lo lleve consigo como fiel compañero.

Nada menos artificial ni más puro y genuino que el elogio al silencio: haría falta que alguien se decidiese ya a escribir una «antología sobre el silencio», investigando en la vida de los espíritus magnos, de los santos, de los pensadores y en los más genuinos hombres de acción, de los cuales es de sobra conocida su índole silenciosa y esquiva, como es de sobra conocido que los charlatanes y bulliciosos no tienen ni podrán tener ninguna cualidad buena y útil para sí ni para los otros, si no que molestan.

Cuanto se ha dicho de la importancia y necesidad del silencio para el conocimiento en general, es obvio que vale y tiene una importancia del todo especial para el conocimiento en el campo del espíritu, para el conocimiento de sí y para el conocimiento de Dios. No es el caso de descender a reflexiones particulares aquí, el campo es inmenso, no se trata de un punto que es de una pureza y simplicidad destellante. La cultura occidental ha olvidado por completo el primer precepto que Pitágoras daba a sus adeptos y un cierto tipo de filosofía puramente antropocéntrica y utilitarista ha complicado hoy las cosas en una madeja inextricable: el idealismo historicista y después de él, las filosofías actuales de la inmanencia, han conducido a aquello que se podría llamar la traición del yo o más exactamente la masacre de la libertad y de la interioridad. Nada más urgente entonces que el reclamo por el silencio, donde el yo se orienta sobre su posición en el mundo delante de Dios, para ser antes que nada hombre. El silencio, en este siglo de continua difusión sin ton ni son de psicoterapias de todo tipo, puede ser bien llamado el verdadero «tranquilizante» esencial del cual tiene necesidad nuestra época ilusa y desilusionada de los falsos profetas de la sociedad del bienestar, olvidada del espíritu y sobre todo de Dios, Ser supremo y Amor esencial.

Fuente indispensable e inagotable de vida interior en toda la gama de sus manifestaciones, el silencio no es menos importante para la purificación última del amor y del dolor, en el cual se redime y se ilumina la existencia terrena en su nostalgia de la eternidad. Está claro que aquí no se habla del silencio como ausencia pasiva de acciones o como renuncia a la presencia de los actos, de las responsabilidades y aspiraciones que la conciencia debe sentir, sino que se habla del silencio como acto -y más que en la esfera activa y cognoscitiva- de intensificación y de concentración del espíritu en sí mismo. El recogimiento interior, al cual lleva y debe llevar el silencio, disuelve las distracciones y el afán exterior, desembaraza el corazón y libra al alma de

turbaciones inútiles y de la sugestión de los seductores bienes de la tierra y nos vuelve al Bien esencial, después de haber sufrido la experiencia de la vanidad de todas las cosas. Si el amor por una creatura crece y se purifica en la ausencia de la persona amada, en el silencio de su presencia o en su presencia silenciosa, ¿qué cosa no se podrá decir del amor de Dios, de la presencia de su Amor en nosotros y de la conciencia de esta presencia?: ¡que ella puede germinar y florecer solamente en el silencio como una flor abierta al sol eterno en el desierto del mundo!

En el silencio, que es apartamiento del mundo y elevación sobre los amores fútiles y traicioneros de las creaturas, el espíritu profundiza en sí su apertura hacia el Amor infinito que no deja de responder a la muda, pero estremecida, invocación del corazón. No en vano los místicos de todos los tiempos han llamado silencio a este encuentro de la conciencia en Dios, que es el supremo encuentro que la creatura pueda obtener sobre la tierra. No por nada los espíritus más contemplativos, como un San Francisco y una Santa Catalina de Siena, se han mostrado en caso de necesidad como los más activos. No por nada la mujer, y -lo dice Kierkegaard, que normalmente es cualquier cosa menos tierno con el sexo débil, es más espiritual que el hombre, y esto porque ordinariamente su vida es más silenciosa que la del hombre (*Diario*, trad. it., n. 2353). No en vano, por último -y desde un punto de observación más universal- cada acto de autentico crecimiento del espíritu que va desde el gozo estético de la contemplación de una obra de arte, de la escucha de un concierto musical o del esfuerzo por escuchar una clase o un sermón, hasta la asunción de responsabilidades decisivas para nosotros y para los demás, exige silencio, es decir -por decirlo con Kierkegaard, pues es un simple reclamo bíblico y socrático- que el «espíritu devenga transparente a si mismo». Y así, poniéndose en escucha del Absoluto, el espíritu se apresura en el camino que lo reconduce a la Fuente del agua viva para refrescarse sin fin.

(1967)

Traducción a cargo del Sem. Pablo Trollano